

ALGUNAS CLAVES PARA COMPRENDER LA CONQUISTA DEL PERÚ

Las conquistas fáciles crean místicas falsas. Por ejemplo, muchos de nuestros contemporáneos recordarán la *Blitzkrieg* nazi en Europa; aquellos ataques relámpago dieron al mundo una visión aterradora de la invencibilidad del fascismo. Pero, por lo general, la realidad por imponerse y la mística empiezan a derrumbarse. Cuando los nazis quedaron empantanados en el frente ruso perdieron sus dimensiones sobrehumanas. Hace cuatro siglos y medio, en 1532, los 168 conquistadores que con tanta rapidez derrotaron y capturaron a Atahualpa, el emperador de los incas, impresionaron sin dudas a los pueblos andinos en su poderío y su buena suerte. No hace falta asumir interpretaciones ingenuas de los extranjeros como dioses para comprender el halo de invencibilidad que rodeaba a una banda de forasteros que habían derrotado al jefe de un imperio que se extendía a los largo de miles de kilómetros, ni para comprender también la disposición de las poblaciones

locales a adaptarse a ellos. Pero el halo podía ir desvaneciéndose, especialmente si los españoles trataban de hacer la transición del mero saqueo a la ocupación territorial y, por último, a la dominación imperial. Tras capturar a el Imperio inka, los europeos tendrían que aprender a gobernarlo.

Los europeos, montados en la cresta de la ola explosiva de la búsqueda española de oro, territorios y salvación católica, querían riquezas y señoríos. Tras la distribución de metales preciosos llevados a Cajamarca como rescate del Inca Atahualpa, Francisco Pizarro y sus compañeros de conquista se lanzaron al sur, a someter, saquear y regentear una colonia andina. El saqueo de santuarios prestigiosos y la sed europea de metales preciosos crearon la leyenda popular de que los españoles se alimentaban de oro y plata, en lugar de comida.

[...]

Afortunadamente para los conquistadores, las sociedades andinas tenían

sólidos motivos para aliarse con la conquista europea. La destreza militar de los españoles, grandes maestros a caballo y con la espada, impresionó a los curacas que acompañaron a Atahualpa en Cajamarca en 1532. Para sobrevivir, las sociedades campesinas necesitan de una sensibilidad especial a las modificaciones en el equilibrio de poder, y los pueblos lucanas de Andamarcas y Laramati reconocieron inmediatamente a los españoles como nuevos señores. Los curacas se proclamaron como ‘amigos de los españoles’ cuando pasó por Vilcashuamán el séquito victorioso en ruta hacia su entrada histórica en el Cuzco. Además de tener un sano respeto a la capacidad militar española, las sociedades locales de Huamanda percibían unos beneficios positivos en la alianza con los europeos. Por fin podían deshacerse del yugo de dominación inca y defender sus intereses étnicos en una nueva era posincaica.

(Stern, 1986)

población diezmada —como ocurrió en el Caribe o con los pueblos que habitaban el actual territorio de Panamá—, otras comunidades continuaron la resistencia hasta la conformación de los Estados nacionales modernos en la segunda mitad del siglo XIX, tal como ocurrió en el caso de Argentina, Chile, Brasil y Estados Unidos.

El fracaso más notable se produjo ante las comunidades nómades y semisedentarias, cuya movilidad y amplio conocimiento del terreno, les permitió eludir el avance europeo. En este sentido, muchos pueblos lograron mantener el control de sus territorios a partir de la asimilación de las técnicas militares de los españoles y de la adaptación al manejo del caballo. Ejemplo de estos lo constituyen los araucanos que lograron establecer una frontera a la altura del río Bío-Bío, manteniendo el control al sur, luego de una rebelión generalizada que obligó a retroceder a los españoles y culminó con la muerte del gobernador Martín García